**Sábado I de Cuaresma**

12 de marzo de 2022
Deut 26, 16-19
Sal 118
Mt 5,43-48
*P. Eduardo Suanzes, msps*

El dicho del amor a los enemigos es, quizás, la más radical de las enseñanzas de Jesús. Jesús se dirige a sus discípulos (o a quienes quieran serlo) y les coloca ante la realidad de la hostilidad que van a padecer si le siguen. Tal hostilidad ya se manifestó en vida del propio Jesús, tanto hacia él como a sus seguidores, y se incrementó después de la Pascua.

Jesús empieza diciendo: «*Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo*». Se refiere a la enseñanza de la Ley («*se dijo*») que ha recibido la gente en las sinagogas («*habéis oído*»).

La primera parte, la del amor al prójimo, está contenida en la Ley[[1]](#footnote-1), pero la segunda, el odio al enemigo, no aparece en ninguno de los textos bíblicos que contienen la Ley. Pero en la práctica odio al enemigo forma parte del acervo cultural de casi todos los pueblos de la tierra. Seguramente, en época de Jesús dicho odio estaba latente, concretamente hacia los romanos y uno de los textos tardíos del judaísmo, el Sirácida (Eclesiástico), vigente y conocido en época de Jesús, contiene enseñanzas como esta:

*«12,4 Da al hombre piadoso, pero no ayudes al pecador.5Haz el bien al humilde, pero no des nada al malvado; niégale el pan, no se lo des, porque podría utilizarlo para dominarte, y tú recibirías el doble de mal por el bien que le habrías hecho.6Que también el Altísimo odia a los pecadores, y dará a los malvados el castigo que merecen*». (Eco 12,4-6)

El dicho de Jesús supera toda ambigüedad y es claro. Plantea una única actitud: la del amor. Hay que amar al próximo (al cercano, al amigo) y también al lejano (al enemigo). De la persona ha de fluir sólo una cosa: el amor, y no caben ambivalencias ni ambigüedades. Es más, Jesús añade: «*rogad por los que os persiguen*». Amar implica no sólo no desear mal sino también desear el bien. Jesús, como en tantos otros aspectos, está dando vuelta a la ética establecida y está disolviendo revolucionariamente el odio en el amor.

**Pero cabe preguntarse ahora: ¿qué entiende Jesús por enemigo?**

Jesús predicaba a gentes sencillas, a aldeanos de Galilea, y la mayor parte de sus proclamaciones se referían a la vida concreta de esas gentes. A lo largo de los cuatro evangelios, como un río que los recorre transversalmente, Jesús llama a la atención sobre la situación de ahogamiento y postración que muchas personas padecían en la vida normal y corriente de aquellas aldeas, de aquel país, de aquella sociedad. Su invitación era «ponerse a amar» a los desamados, levantar a los postrados, apreciar a los despreciados, tocar a los intocables, integrar a los excluidos. ¿Para qué? Para que el amor pudiera ser una realidad; es decir, para que Dios pudiera ser, para que el reinar-ser de Dios se realizara, fuera una realidad.

Una larga lista de personas «ahogándose[[2]](#footnote-2)», postradas, recorre todo el evangelio, toda la vida pública de Jesús. Y son personas concretas, cotidianas, normales y corrientes, a las que todos tienen acceso en uno u otro momento del día o de sus vidas. La llamada de Jesús a «despertar» para verse no-ajenos a esas personas, es una llamada para la vida práctica, personal y concreta, más que para la causa de la nación israelita. El peso de los textos en este sentido es abrumador. Porque la causa de Dios, el ser de Dios, abrumadoramente en los textos es presentado como la causa de los pequeños, de los pobres, de los últimos, de los marginados y desamados.

De ahí que debemos empezar entendiendo el término «enemigos» como referido a aquellos que se presentan oponiéndose a la persona en su vida habitual, cotidiana. Un breve recorrido por los evangelios nos permite identificar algunas de esas cualidades de «enemigos»: son los que nos odian, maldicen o tratan mal; son los que ofenden nuestro honor (abofetear la mejilla era un desafío al honor del abofeteado); son los que pleitean o nos demandan para arrebatarnos algo nuestro (el símil de quien te quita el manto); son también los soldados o funcionarios que podían obligar a cualquiera a llevarles su carga durante una milla; son los que te asedian con peticiones e incluso los que te roban lo tuyo...

El elenco de «enemigos» es variado. No se trata sólo de quien me ataca para hacerme daño, sino también de otras muchas personas a las que no les gusto, me tienen envidia, me desprecian o difaman, se aprovechan de mí o me cargan en la vida. El grado de «enemistad» es, pues, amplio, y afecta a cuestiones más y menos graves de la vida y de la convivencia.

La propuesta del texto evangélico es que a todo eso se responda no con odio, sino con amor. Y amor en el sentido de *agapé*, es decir, de amor *desegotizado*, donativo, buscando el bien del otro sin esperar recibir nada a cambio. Se trata de responder al mal con la bondad, de desear que la persona enemiga alcance la luz y el bien («*rezad por los que os persiguen*»). Se trata, en definitiva en no responder con la misma moneda. Si al mal se responde con el mal, el mal crece. Si al mal se responde con el bien, hay una posibilidad de que el mal no sólo decrezca, sino que pueda convertirse, tal vez, en bien.

**Y ahora, por fin, nos preguntamos: ¿Por qué propone Jesús tan radical y difícil actitud y praxis? ¿En qué sustenta que haya que amar al enemigo?**

La fuente de ese amor viene de Dios, que es Amor y que, por serlo, ama a todos: «*vuestro Padre celestial hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos*.» Jesús está proponiendo la *imitatio patris*, la imitación del padre: en este caso la imitación de Dios. Esta es una actitud propia de un hijo hacia su padre. Jesús se siente hijo del Padre y propone a todos los que quieran sentirse hijos de Dios que sean como Dios es: «*Así seréis hijos de vuestro Padre*». «*Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto*»

Por eso, para comprender mejor el sentido de lo que aquí está diciendo Jesús, no se puede extrapolar del bloque entero de donde está situado en el Evangelio: en el sermón del monte. ¿Por qué? Porque en este sermón Jesús está revelando, en realidad, al Padre y la infinitud de su bondad. Cada dicho tiene su explicación en ese contexto que marca la apertura a un nuevo ámbito, el de Dios amoroso y el de la filiación divina, el del ser en ese amor que Dios es. Por ello, cada invitación contenida en esos discursos, viene iluminada desde ese núcleo central. Y así ocurre con estos dos dichos en los que se muestra a Dios como amor y se invita a sus hijos a «imitar a su Padre» en ese ser amor.

El amor de Dios es indiscriminado, porque, como subrayan los textos joánicos, Dios es Amor. Y el Amor sólo puede «ser», es decir, no puede haber en él «medias tintas», sino que es neto; está o no está; es o no es. No es amor el amor parcial o a plazos, ni el amor interesado, ni tampoco el amor teórico o ese sentimiento afectivo-egoico al que se suele llamar amor. Todos esos matices y parcialidades no son amor, son otra cosa. Ni tampoco puede el Amor ser «condicional», es decir, depender del amor recibido o de unos méritos contraídos. Dios ama al hombre no porque el hombre sea bueno, sino porque Él es bueno. Esta es la revolucionaria propuesta de Jesús. Una propuesta que dimana de su propia experiencia de ser en el Amor que Dios es.

Esta insólita proclamación de Dios como Amor indiscriminado y la vivencia filial de ese amor indiscriminado, la explicita Jesús en sus palabras y, sobre todo, en sus obras.

La *imitatio patris* que propone Jesús («*sed perfectos como vuestro Padre es perfecto*») pasa por ese camino, y es como si nos dijera: «— no calcules los méritos de nadie, ni los propios; simplemente, ama, porque Dios ama así. Es decir: hazte último y servidor de todos».

Desde ahí, se trata de recibir-acoger esa manera de ser-amor de Dios, sin conciencia de méritos, desde la propia indigencia. Y, también desde ahí, desde la propia indigencia, se trata de hacerlo propio en la vida propia, haciéndose últimos-servidores sin pensar-calibrar nada más. Jesús nos está diciendo que el amor está reñido con la contabilidad.

1. Lv 19,18 [↑](#footnote-ref-1)
2. …de ahí la invitación de Jesús (en Marcos) a sus discípulos para hacerlos «*pescadores de hombres*», para sacarlos de su postración y ahogamiento y volverlos a la vida. [↑](#footnote-ref-2)